

PRÓLOGO

¿Para qué necesitamos una nueva inteligencia? Comprendo que el lector se haga esta pregunta. En la actualidad, y a raíz del libro de Daniel Goleman *La inteligencia emocional*, está de moda sacar a relucir «inteligencias» como si fueran conejos de una chistera. Sin embargo, parece claro que no todo el mundo puede ser un buen padre o madre; de hecho, algunos adultos arrastran carencias afectivas, problemas psicológicos o sociales tan graves que de ningún modo deberían serlo, para bien de sus hijos y del resto de ciudadanos.

Las tareas de los padres son muy exigentes, y el número tan elevado de niños, que han de ser asistidos por los poderes públicos para paliar, en la medida de lo posible, la falta de una atención adecuada de sus padres, lo pone cada día de manifiesto.

Además, la experiencia profesional de muchos maestros, psicólogos, trabajadores sociales, jueces y médicos deja constancia de comportamientos lesivos hacia los niños por parte de cualesquiera de los progenitores, simplemente porque quieren conseguir determinados fines sin tener en consideración el bienestar de aquellos: padres que emplean a los hijos en contra de su cónyuge en pleitos de divorcio, que nunca se reúnen con el tutor del colegio para tratar las dificultades que pudieran tener, que «olvidan» periodos de vacunación obligatorios; padres que inculcan sentimientos de desesperanza y miedo en sus hijos en vez de fe en sus posibilidades y confianza... La lista es interminable. La mayoría de estos padres, atrapados en situaciones de conflicto en sus propias vidas, responden con malicia o con ignorancia

ante las dificultades, sin poner el debido cuidado en que sus hijos no sufran más de lo inevitable por ello.

Así pues, educar a los hijos está lejos de ser una labor que pueda realizarse por instinto.

Quizás lo fuera hace miles de años, cuando el hombre tenía que vérselas con un medio natural hostil y las cuestiones esenciales de la crianza se limitaban a la mera supervivencia, pero con el transcurso de la historia, la complejidad de la vida cultural y social ha elevado el nivel de exigencia de los criterios que definen una buena paternidad. Por otra parte, esa complejidad se ha visto acentuada en los momentos actuales por la concurrencia de tres circunstancias.

- En primer lugar, los referentes educativos tradicionales parecen difuminarse, y con ello un perfil nítido y establecido de lo que tiene que ser y hacer la familia: en España, sin ir más lejos, no hace falta ser una pareja heterosexual para adoptar o criar un niño. La influencia de la religión también ha mermado mucho, y en determinadas cuestiones hay un profundo divorcio entre lo que opinan muchos creyentes y la doctrina de la Iglesia, como ocurre en el caso del uso de los anticonceptivos como método de control de la natalidad. Jamás como ahora había existido una publicidad tan agresiva y abundante exhortando a los niños hacia un consumismo compulsivo. Tampoco habíamos vivido una época con una presencia de tal magnitud de modelos y estímulos hipersexuales e hiperviolentos al alcance de la mayoría de niños y adolescentes. En suma, muchas de las cosas que los padres actuales vieron en sus propios padres y abuelos no son de aplicación hoy. Los nuevos padres han de caminar sobre terreno desconocido, y así es muy fácil perderse.

- En segundo lugar, la incertidumbre acerca del «qué esperar» y «cómo actuar» se ha extendido al ámbito de la vida laboral y social, debido al profundo cambio que acontece como consecuencia del desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y de la sociedad digital e informática, por una parte, y a los enormes flujos migratorios que, con sus costumbres y culturas, se han integrado —o tratan de hacerlo— dentro de nuestras fronteras, por otra. En otras palabras: nuestros escenarios de vida ya no permanecen fijos, y mucho menos lo estarán para nuestros hijos; ni en el paisaje de los objetos, de las cosas que empleamos para funcionar y comunicarnos, ni en el paisaje de las personas, donde la sociedad global impone nuevas capacidades de adaptación a lugares y culturas diferentes.
- En tercer lugar, la expansión de Internet en sus múltiples plataformas (ordenador, tableta y, sobre todo, el teléfono celular inteligente) y el uso abrumador de las redes sociales han generado un escenario de interacción virtual que ha influido de modo poderoso en la socialización de los chicos, una realidad que los padres, casi sobre la marcha, han de aprender para gestionar sus efectos que, como veremos, pueden ser nocivos.

Frente a esta nueva situación, compleja y difícil como pocas, no bastan ya las respuestas tradicionales. Muchos libros de divulgación de pedagogía y de psicología infantil explican que existen tres tipos o patrones de estilos educativos: el «razonado», el «autoritario» y el negligente o «permisivo». La investigación señala al estilo razonado como el que generalmente da los mejores resultados en la socialización de los niños, es decir, en el aprendizaje de la cultura que le corresponde por criarse en un lugar determinado (al menos en Occidente). Este estilo se basa

en la imposición de límites y de una estructura para que el niño aprenda a ser autónomo de manera progresiva y responsable: el amor no está reñido con la figura de autoridad que representan los padres; los castigos se basan en la retirada de privilegios y se explican su necesidad y su porqué al niño, de acuerdo a su capacidad de entendimiento. La educación se basa en el ejemplo y en compartir experiencias. Los padres razonadores hablan *con* sus hijos, no solo *a* sus hijos.

Este sistema contrasta con el autoritario, en el que las normas no se suelen explicar y el castigo suele ser una de las vías de aprendizaje favoritas. Los padres insisten en la obediencia, toman decisiones de modo unilateral (como es lógico, la edad es un gran condicionante y hay decisiones que solo los competen a ellos). Finalmente, en lo que respecta al tercer estilo educativo, un padre permisivo o negligente se caracteriza porque deja al chico sin guía o con escasas orientaciones cuando son necesarias. En general, el tiempo compartido es exiguo, como ocurre también con las familias autoritarias. Las normas y los límites suelen ser vagos y difusos, lo que implica desgana a la hora de imponer castigos.

Por desgracia, no siempre el estilo «razonado» es la mejor opción, ni seguir ciegamente las instrucciones al uso sobre crianza infantil nos garantiza los mejores resultados. La idea fundamental de este libro es explicar la necesidad de aquellos adultos que tienen o desean tener hijos de procurarse una nueva perspectiva sobre lo que significa ser y ejercer de padres. Los «nuevos padres» no precisan de libros farragosos o de complejas teorías psicológicas, sino de amor por los hijos y voluntad de ejercer su labor de padres. Ambos aspectos han sido siempre fundamentales, y lo siguen siendo a día de hoy. Los padres que quieren tener hijos para no estar solos, porque toca tenerlos, o porque quieren resolver problemas en su relación no empiezan con buen pie. Aun

así, lo esencial es amarlos cuando nacen, porque ese amor los impulsará hacia la ingente tarea de educarlos convenientemente.

Pero junto a este amor y voluntad de educación es imprescindible algo más: disponer de metas y habilidades específicas para realizar esa labor. Claro está que no voy a detenerme en todas las habilidades necesarias de tipo práctico, que podrían ocupar más de un grueso tomo si incluimos la alimentación, normas de higiene y salud, juegos y vida social, y todo ello año por año... Al contrario, voy a ocuparme de los principios y aptitudes que considero más prominentes para lograr que nuestros hijos crezcan como personas sin grandes tropiezos en la vida, y por «tropiezos» quiero entender y ocuparme en esta obra de las peores pesadillas de los padres, cada una de las cuales toma su asiento en un capítulo.

No he escrito un manual sobre «buenas prácticas de los padres», ni sobre «cómo educar a los hijos», sino un libro que intenta explicar qué es lo más importante que podemos hacer los padres desde el nacimiento del niño hasta la adolescencia, para evitar que su futuro se vea truncado por los problemas o situaciones más graves en los que el hijo tiene capacidad de decisión: la delincuencia, el fracaso en la escuela, el abuso de alcohol y drogas, el síndrome del emperador o tiranía de los hijos, el acoso escolar o *bullying*, el embarazo no deseado y la violencia de pareja.

Cualquiera de estas situaciones puede poner en jaque el futuro de nuestros hijos. Mi experiencia profesional me indica que los padres reciben muy poca información y ayuda para evitar que estos conflictos se crucen en el camino de los hijos. Sin embargo, estos son situaciones de profundo desajuste que amenazan como ninguno otro (excluyendo accidentes, enfermedades o circunstancias dramáticas imprevistas) la vida y la felicidad de los chicos.

He decidido acuñar la expresión «Inteligencia Educativa» sin el propósito de que se incorpore a los catálogos científicos. Su

finalidad es meramente práctica, divulgativa; la de designar las metas y habilidades con las que deberían contar los padres para ser capaces de prevenir, hasta donde esté en sus manos, los conflictos que he mencionado en la vida de sus hijos.

La expresión «hasta donde esté en sus manos» no es gratuita: como explico en el capítulo primero, y en realidad a lo largo de este libro, ningún padre debe contar con la esperanza de guiar a su hijo al cien por cien en el camino de su desarrollo. No es posible, por varias razones. Primero, porque su hijo tiene su propia genética, su temperamento, que, en interacción con sus experiencias desde que es un feto, lo convierten en un ser único, diferente a cualquiera de los dos padres. Esa diferencia implica que sus intereses y necesidades serán específicos y, por ello, que sus decisiones tomarán su propio rumbo. Segundo, porque la vida esconde muchos recovecos y sorpresas, y uno nunca sabe qué nos deparará el día de después. Esto es particularmente cierto en nuestra época por las razones a las que ya he aludido.

Los padres, entonces, tienen que aceptar el hecho innegable de que la existencia del hombre y de la mujer es un horizonte abierto, y que se ha de correr un riesgo. Cada decisión mínimamente relevante conlleva ese riesgo implícito en la inquietud de si tal cosa «será lo mejor». Muchos padres con más problemas de los convenientes no asumen esa necesidad de exponerse ante la vida, y pertrechan a sus hijos como si sus excesivos cuidados pudieran protegerlos de enfrentarse a sus propios destinos. El resultado son adultos castrados en lo espiritual, en su ánimo vital, en su prudencia y en su afán de superación.

Por fortuna, la mayoría de las habilidades de la Inteligencia Educativa sirven para ayudar a prevenir situaciones perniciosas en el futuro de nuestros hijos. Esta es una buena noticia porque multiplica el efecto beneficioso de una educación familiar adecuada, del mismo modo que, al contrario, una educación fami-

liar desnortada tiene múltiples repercusiones y facilita que el chico se meta en problemas.

La Inteligencia Educativa consta, en primer lugar, de una definición y tres principios.

- *Definición:* La Inteligencia Educativa es la capacidad que tienen los padres para ajustar la educación de sus hijos de acuerdo a sus necesidades e intereses, con la meta última de contribuir a que tengan el mejor desarrollo posible como personas. Ese «mejor desarrollo posible» significa que sean capaces de vivir una vida plena de significado, esto es, con arreglo a los valores que contribuyen a que sean felices ellos y al servicio del bien común.
- *El principio biosocial:* Los padres han de tomar en consideración las potencialidades y limitaciones que provengan de los caracteres innatos de sus hijos. Se aplica la siguiente regla: cuando más débil o difícil sea la genética del hijo, mejor ha de ser la educación que ha de recibir.
- *El principio de adaptación al cambio:* Nuestros hijos siempre están cambiando. Cambian por dentro, cada día, debido a su crecimiento, pero también las situaciones y ambientes en los que se desenvuelven. Por ello, las decisiones y conductas de los padres han de adaptarse a aquellos. Los padres deben estar atentos a esos procesos de cambio y procurar realizar las modificaciones necesarias en su relación y educación con los hijos para preservar su bienestar.
- *El principio de la mejor decisión o la «regla de oro»:* en todo momento y situación de conflicto de la vida de nuestro hijo siempre hay una mejor decisión que tomar. No importa lo dura que sea, lo terrible que se presente ante nuestros ojos. Nosotros, como padres, podemos obrar, de acuerdo a nuestras circunstancias, dentro de un abanico de posibi-

lidades. En dicho abanico siempre hay una decisión que es la mejor, la más favorable para el presente y futuro de nuestros chicos y chicas.

Pero ¿cuál es esa «mejor decisión» que señala la regla de oro? Lógicamente, no puede señalarse de antemano ni preverse. Lo que sí podemos hacer es desarrollar nuestra capacidad como padres para estar en la mejor disposición para aprender. A esto lo llamo «padres con Inteligencia Educativa». Son padres que se suman con entusiasmo a la idea de que su labor es extraordinaria, y que requiere de toda su atención. La labor bien hecha llena de gozo. Por eso me permito incluir un trasfondo psicológico en la definición de esta inteligencia: los padres han de tener esperanza, han de llenarse de energía positiva, han de confiar en sus fuerzas aun en tiempo de zozobra. Esto es particularmente verdad cuando nuestros hijos tienen un temperamento difícil, es decir, cuando más complejo les resulta el aprendizaje de los afectos y las actitudes que facilitan la educación. En segundo lugar, la Inteligencia Educativa se compone de unas habilidades y unas metas que nos deben ayudar como padres a encontrar esa «mejor decisión». Son las siguientes. En cuanto a las **metas**:

- Que nuestro hijo perciba el mundo como un lugar seguro y predecible.
- Que descubra que él es alguien eficaz y útil en el mundo.

Y en cuanto a las **habilidades o aptitudes** que incluye esta inteligencia y que deben poseer los padres son estas cuatro:

- Saber escuchar
- Saber comunicar de modo franco y claro

- Saber transmitir seguridad emocional y apoyo
- Saber transmitir afán de superación

Esas habilidades, orientadas hacia las metas señaladas, nos deben permitir salir adelante incluso en situaciones difíciles. Atención y amor hacia nuestros hijos en su camino; esperanza en nuestro esfuerzo y en nuestros resultados. Este libro quiere ser una ayuda en este proceso.

Este libro se ha concebido y escrito en Jávea, Alicante.

VICENTE GARRIDO GENOVÉS